

XXV. LOS TRASCENDENTALES DEL SER: UNIDAD, VERDAD, BONDAD, BELLEZA

Nuestras controversias morales, más allá de los asuntos concretos (*v.gr.*, la licitud de las drogas, de la tortura o de la venganza privada), arriban a menudo a la cuestión más abstracta de si hay o no *algo objetivo* de bueno o de malo en nuestras acciones y elecciones. Lo mismo pasa con las decisiones judiciales. El juez, ¿debe discernir qué es lo objetivamente justo o injusto en un caso, o debe mediar entre intereses contrapuestos, igual de subjetivos? En política, cuando se apela al bien común para justificar una decisión, de manera inmediata surge el rechazo o la sospecha, en especial desde el mundo del liberalismo. Algunos tienden a pensar que sobre un asunto muy discutido en realidad cabe reconocer un choque de intereses que han de compatibilizarse de alguna manera. Curiosamente, cuando se intenta compatibilizar intereses supuestamente subjetivos, suele introducirse o aceptarse la idea de que existen maneras *más equilibradas o mejores* (o peores) que otras, a la hora de armonizar esos intereses en un litigio singular o en la vida en comunidad. Y estas ideas de lo mejor y lo peor, del equilibrio y la armonía entre intereses, implican precisamente esa objetividad y ese bien común que han sido negados.

Todavía más apasionantes son las discusiones sobre la belleza y si acaso, a la hora de apreciarla, se capta algo objetivo o cada persona manifiesta su preferencia arbitraria. Se discute si en el arte es posible una genuina y objetiva belleza artística, o si, más bien, todo depende de la subjetividad del artista o del que aprecia la obra. En el caso de la naturaleza, que nos precede, al parecer todos los hombres aprecian la misma belleza. En cambio, el arte es elaborado por los mismos hombres, dentro de una tradición, y muchos observadores no están capacitados para captar una belleza que depende de haberse entrenado en las respectivas tradiciones. Entonces, quien aprecia la belleza de una obra de arte, ¿ejerce una actividad meramente subjetiva, o existe una relación objetiva entre su capacidad subjetiva de apreciación y aquello que está aconteciendo?

Normalmente, estas discusiones sobre la objetividad del bien y de la belleza, o de la verdad, se quedan en cuestiones superficiales acerca de los gustos de cada uno. No se llega a un fondo metafísico. Si se quiere ir al fondo, hay que abordar dos grandes temas relacionados, o las dos caras de la misma moneda. Por una parte, nos preguntamos sobre la capacidad de adaptación de la inteligencia humana para conocer la realidad. No se trata únicamente de la cuestión de la verdad, sino también de la justicia y la belleza. Por otra parte, a esa capacidad de la inteligencia corresponde una indagación sobre su objeto mismo, sobre la realidad en sí misma. Se descubre que el ser de las cosas tiene muchos aspectos distintos, tan objetivos como el ser y la realidad misma, que la filosofía clásica denomina *propiedades o nociones trascendentales del ente*.²⁹¹

Aristóteles clasificó los géneros supremos del ser en diez categorías:²⁹² la principal es la sustancia, en la que se da el ser de manera intensa, más propia; luego, secundariamente, los nueve tipos distintos de accidentes, esos modos de ser que afectan a la sustancia.²⁹³ Después se descubre que, aparte de esos modos de ser que se excluyen entre sí, hay propiedades que se aplican a todas las categorías. No son géneros divididos en especies, sino que están por encima de las categorías y se dan donde quiera que se dé el ser mismo. Las propiedades trascendentales se llaman así porque *trascender es ir más allá de algo*, y estas propiedades van más allá de las categorías: son transversales a todas las categorías, tan extensas como el ser mismo.

Una *noción o propiedad* trascendental —propiedad significa la realidad y noción significa su reflejo en la inteligencia que conoce la realidad— es aquella que se identifica con el ser mismo, *i.e.*, que *es* el ser visto por nosotros desde un punto de vista diferente. A cada trascendental se le otorga un nombre distinto, porque significa un aspecto distinto del ente; pero, en la realidad, todos son lo mismo que el ser. Los trascendentales más importantes son la *unidad*, la *verdad*, la *bondad* y la *belleza*. Cada uno se identifica con el ser de las cosas, aunque su significado sea distinto. Con otras palabras, la realidad es una, verdadera, buena y bella, aunque estas nociones signifiquen cada una algo distinto: un aspecto diverso del mismo ser de las cosas.²⁹⁴

²⁹¹ Cfr. Alvira *et al.*, *Metafísica*, *cit.*, pp. 131-140.

²⁹² Cfr. *supra* cap. XXIV.

²⁹³ *Idem*.

²⁹⁴ Cfr. Alvira *et al.*, *Metafísica*, *cit.*, pp. 163-193; Söchting, *Metafísica*, *cit.*, pp. 228-236, y Widow, *Curso de metafísica*, *cit.*, pp. 81-97.

La *unidad* o lo uno (*unum*) es el mismo ser de las cosas en cuanto *indiviso*, es decir, en cuanto que no está dividido internamente. El ente puede tener partes, como hemos visto que las tienen los entes materiales en virtud del accidente cantidad, pero las partes están unidas por el ser. Mientras están en el mismo ser, son una sola cosa; si las separamos, son dos seres. La unidad es un aspecto de la cosa. Mientras más intenso es el ser, más unitaria es la cosa. Por ejemplo, si uno parte un trozo de oro obtiene dos pedazos de oro, sin que haya ninguna transformación esencial de la sustancia: sigue siendo oro, dividido ahora en dos cantidades continuas distintas. En el reino animal, en cambio, la unidad aumenta. No se puede dividir a un gato y obtener así dos ejemplares. El ser más complejo, que en los seres materiales implica superioridad de ser, es *más unitario y admite menos división*. Esto demuestra que es una sustancia más rica en ser, porque para ser ha de conservar su unidad; es decir, su mismo ser depende de que las perfecciones que lo constituyen se mantengan unidas entre sí. La primera noción trascendental es, en consecuencia, el *ser como indiviso*, como unitario. Por eso, atacar la unidad es atacar el ser mismo.²⁹⁵

Otro trascendental es la *verdad*. La verdad consiste, en su sentido primario, en que la inteligencia juzgue que las cosas son como realmente son: *adecuación del entendimiento a la realidad* (verdad *lógica*). Sin embargo, para que eso sea posible es necesario que las cosas mismas sean cognoscibles. En este sentido, se dice que lo verdadero es un aspecto de las cosas: *el mismo ser en cuanto inteligible*; la verdad entendida como lo que las cosas son (verdad *ontológica*). Todo lo que existe es *inteligible* aun si no lo conocemos, porque, en principio, alguna inteligencia *podría* conocerlo. De suyo, la *verdad* es posterior al ser. El ser es el fundamento de la objetividad de la verdad, y la inteligencia se adapta a la realidad. Más adelante veremos que, si no hubiera ninguna inteligencia, no podría haber ninguna verdad; por eso, si hay verdades eternas tiene que haber una inteligencia eterna, que es lo que todos llaman Dios.²⁹⁶ Con otras palabras, es natural que un ser humano, si es consciente a la vez de la finitud de su inteligencia y de la infinitud de la verdad objetiva, reconozca la existencia de un Ser infinito, supremamente inteligente, en quien se da la verdad por esencia. Los pensadores que niegan la existencia de Dios, cuando profundizan en las consecuencias, niegan también la verdad objetiva.²⁹⁷

²⁹⁵ Cfr. Alvira *et al.*, *Metafísica*, *cit.*, pp. 164-165, y Widow, *Curso de metafísica*, *cit.*, pp. 83 y 84.

²⁹⁶ Cfr. *infra* cap. XXXVIII.

²⁹⁷ Cfr. Alvira *et al.*, *Metafísica*, *cit.*, pp. 173-177, y Widow, *Curso de metafísica*, *cit.*, pp. 85-91.

La bondad es el mismo ser de las cosas en cuanto apetecible por la voluntad. Esta noción es trascendental porque todas las cosas están moviéndose hacia algo que las perfecciona, es decir, que de todo cuanto existe hay una perfección, en parte realizada y en parte en vías de realización. Existe, pues, un bien para todo cuanto es. Esta idea está muy presente en la literatura judeocristiana. El primer libro de la Biblia afirma que las cosas no sólo están hechas en estado de naturaleza bruta, sin valor, sino que son buenas y se mueven hacia el bien. Este es el reconocimiento que Dios hace de su misma creación: “Vio Dios cuanto había hecho y vio que era muy bueno”,²⁹⁸ con una jerarquización de los seres y con la creación del hombre —varón y mujer— como un ser que supera en bondad todo lo creado antes. No se trata de una doctrina puramente religiosa, porque la filosofía racional pagana también reconoce la bondad como aspecto del ser, es decir, como propiedad trascendental presente en todo cuanto es, ya sustancia, ya accidente, como muestran Platón y Aristóteles.²⁹⁹ Lo bueno no depende de la mera apreciación subjetiva, sino que es lo que hace atractivo al ser para la voluntad. Por eso, tiene sentido afirmar que las apreciaciones subjetivas sobre la bondad de las cosas pueden ser verdaderas o falsas. El bien puede ser aparente porque hay un bien real, en comparación con el cual cabe decir que se dio la apariencia de lo bueno, y, en ocasiones, la falsa estimación subjetiva. Por último, también respecto del bien como trascendental hay que decir que la noción trascendental lleva implícita la orientación hacia un Bien universal y absoluto, que todos llaman Dios. Por eso es tan corriente que, junto con rechazarse la existencia de Dios, muchos incurran en la negación de la bondad objetiva de las cosas, así como niegan la diferencia objetiva entre el bien y el mal.³⁰⁰

Por último, la *belleza* es quizá el más difícil de los trascendentales. Es el que más ha perdido su conexión con el ser en la cultura utilitarista moderna. Santo Tomás define lo bello como *aquello que al contemplarlo agrada*.³⁰¹ En cierto sentido es como lo bueno, pero se diferencia en que el bien nos hace tender a él, para poseerlo o apropiárnoslo, mientras que la belleza se da simplemente en la contemplación del ser. El bien propio de la belleza consiste en que agrada a la voluntad no por una incorporación al ser, sino sólo por su contemplación. Se demuestra que ella es un aspecto del ser de las cosas

²⁹⁸ *Gn.*, 1: 31.

²⁹⁹ *Cfr. Rep.*, 507b y *EN*, I, 1 1094a.

³⁰⁰ *Cfr. Alvira et al., Metafísica, cit.*, pp. 179-186, y *Widow, Curso de metafísica, cit.*, pp. 85 y 86, 91-95.

³⁰¹ *Cfr. S. Th.* I, q. 5, a. 4.

—algo objetivo— por el hecho de que todas las personas, en todas las culturas, admiran la belleza natural. Hay una belleza natural, independiente de las causas subjetivas. Hay algo externo que produce la resonancia interior que capta la belleza.³⁰²

En el arte todo esto es más complejo, puesto que es algo que nosotros hacemos: intentamos plasmar la belleza. La obra de arte es realizada desplegando una potencialidad, y mientras mayor es ese dar forma actual a esa potencialidad, mayor admiración causa. En cambio, en las cosas naturales la belleza no depende de lo que nosotros hagamos, sino de la creatividad de Dios. En el arte, la plasmación de la belleza depende de la creatividad y de los criterios del hombre; depende, por lo tanto, en cierta medida, de las convenciones sobre las formas que se consideran aptas para hacer más agradable una materia preexistente (*v.gr.*, el mármol hecho estatua o las palabras en un poema). Si el tipo de convención es muy sencillo, entonces será fácil apreciar su belleza; pero si es más complejo, o supone una tradición muy larga de elaboración convencional de las formas, su comprensión será más limitada y requerirá de un entrenamiento apropiado de la percepción, para que pueda ser visible, apreciable. Por eso, la necesidad de formarse en una tradición artística —aprender a escuchar música exigente o a leer poesía— no significa que la belleza artificial sea subjetiva, sino que es objetiva como creación humana, de la misma manera que la necesidad de formarse en la tradición matemática no significa que las matemáticas sean subjetivas, sino que se han perfeccionado al interior de tradiciones de conocimiento objetivo.³⁰³

Todas las propiedades trascendentales se identifican con el ser de las cosas y, al mismo tiempo, unas con otras. Los filósofos escolásticos lo resumen diciendo que los trascendentales se identifican o convierten entre sí: el ente y la verdad se identifican (*ens et verum convertuntur*); el ente y la unidad se identifican (*ens et unum convertuntur*); el ente y la bondad se identifican (*ens et bonum convertuntur*); el ente y la belleza se identifican (*ens et pulchrum convertuntur*). Cuanto más hay de ser, más hay de sus trascendentales. No obstante, como el ser de las cosas es limitado, es corriente que algo con lo que nos relacionamos tenga deficiencias en su ser y, por consiguiente, en su verdad —mezclada con apariencias engañosas—, o en su bondad —no sólo limitada, sino carcomida por el mal—, o en su belleza, o en su cohesión interna.

³⁰² Cfr. Alvira et al., *Metafísica*, cit., pp. 187-193, y Widow, *Curso de metafísica*, cit., pp. 95-97.

³⁰³ Cfr. sobre la belleza y el arte, véanse Ibáñez, José Miguel, *La creación poética*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969, *passim*, y Balmes, Jaime, *El Criterio*, Buenos Aires, Sopena Argentina, 1943, pp. 202-205.